

Describir y prescribir*

Notas sobre las condiciones de posibilidad
y los límites de la eficacia política

Pierre Bourdieu

Traducción de David Velasco Yáñez, sj

La acción propiamente política es posible porque los agentes, que forman parte del mundo social, tienen un conocimiento (más o menos adecuado) de ese mundo y que se puede obrar sobre el mundo social obrando sobre su conocimiento de este mundo. Esta acción tiende a producir y a imponer representaciones (mentales, verbales, gráficas o teatrales) del mundo social que sean capaces de obrar sobre este mundo tratando sobre la representación que se hacen los agentes. O, más precisamente, en hacer o deshacer los grupos – y, al mismo tiempo, las acciones colectivas, que pueden emprender para transformar el mundo social conforme a sus intereses – produciendo, reproduciendo o destruyendo las representaciones que hacen visibles estos grupos para ellos mismos y para los otros y que pueden tomar la forma de instituciones permanentes de representación y de movilización.

Objeto de conocimiento para los agentes mismos, el mundo económico y social ejerce una acción que toma la forma no de una determinación mecánica sino de un efecto de conocimiento. Es claro que, en el caso al menos de los dominados, este efecto no tiende a favorecer la acción política. Se sabe, en efecto, que el orden social debe por una parte su permanencia al hecho de que impone esquemas de clasificación que, siendo ajustados a clasificaciones objetivas, producen una forma de reconocimiento de este orden, aquella que implica el desconocimiento de lo arbitrario de sus fundamentos: la correspondencia entre las divisiones objetivas y los esquemas clasificatorios, entre las estructuras objetivas y las estructuras mentales está al principio de una suerte de adhesión originaria al orden establecido. La política comienza, para hablar propiamente, con la denuncia de ese contrato tácito de adhesión al orden establecido que define la doxa originaria; en otros términos, la subversión política presupone una subversión cognitiva, una conversión de la visión del mundo.

Pero, la ruptura herética con el orden establecido y con las disposiciones y las representaciones que engendra en los agentes formados según estas estructuras, supone ella misma el reencuentro entre el discurso crítico y una crisis objetiva, capaz de romper la concordancia inmediata entre las estructuras incorporadas y las estructuras objetivas de las que son producto y de instituir una suerte de *época* práctica, de puesta en suspenso de la adhesión primera al orden establecido.

La subversión herética explota la posibilidad de cambiar el mundo social cambiando la representación de este mundo que contribuye a su realidad o, más precisamente, oponiendo una *pre-visión paradójica*, utopía, proyecto, programa, a la visión ordinaria, que aprehende el mundo social como mundo natural: enunciado *performativo*, la pre-visión política es, por sí, una acción que se orienta a hacer suceder eso que anuncia; ella contribuye prácticamente a la realidad de eso que anuncia por el hecho de anunciarla, de

* Publicado en Actes de la Recherche en Sciences Sociales # 38, Mayo de 1981, pp. 69-73

pre-verla y de hacerla pre-ver, de hacerla concebible y sobre todo, creíble y de crear así la representación y la voluntad colectivas que pueden contribuir a producirla. Toda teoría, la palabra lo dice, es un programa de percepción; pero eso no es nunca tan verdadero como para las teorías del mundo social. Y son, sin duda, pocos los casos en que el poder estructurante de las palabras, su capacidad de prescribir bajo apariencia de describir, o de denunciar bajo apariencia de enunciar, sea tan indiscutible. Numerosos “debates de ideas” son menos irrealistas de lo que parecen, si se sabe el grado en el cual se puede modificar la realidad social, modificando la representación que se hacen los agentes. Se ve cuánto la realidad social de una práctica como el alcoholismo (pero lo mismo valdría para el aborto, el consumo de droga o la eutanasia), se encuentra cambiada según es percibida y pensada como una tara hereditaria, una decadencia moral, una tradición cultural o una conducta de compensación. Una palabra como *paternalismo* hace estragos rechazando el supuesto sobre todo lo que encanta la relación de dominación por una negación permanente del cálculo. Como las relaciones jerárquicas organizadas sobre el modelo de relaciones encantadas de las que el grupo doméstico es el lugar por excelencia, todas las formas de capital simbólico, prestigio, carisma, encanto, y las relaciones de intercambio por las cuales ese capital se acumula, intercambio de servicios, dones, atenciones, cuidados, afectos, son particularmente vulnerables a la acción destructora de las palabras que develan y desencantan. Pero el poder constituyente del lenguaje (religioso o político) y de los esquemas de percepción y de pensamiento que procura, no se ve jamás tan bien, como en las situaciones de crisis: estas situaciones *paradójicas, extraordinarias*, apelan a un discurso extraordinario, capaz de llevar al nivel de los principios explícitos, generadores de respuestas (casi) sistemáticas, principios prácticos del ethos y de expresar todo lo que puede tener de inaudita, de inefable la situación creada por la crisis.

El discurso herético debe no solamente contribuir a romper la adhesión al mundo del sentido común, profesando públicamente la ruptura con el orden ordinario, sino también producir un nuevo sentido común y hacer entrar ahí, investidas de la legitimidad que confieren la manifestación pública y el reconocimiento colectivo, las prácticas y las experiencias hasta entonces tácitas y rechazadas de todo un grupo. En efecto, porque todo lenguaje que se hace escuchar de todo un grupo es un lenguaje autorizado, investido de la autoridad de ese grupo, autoriza eso que designa al mismo tiempo que lo expresa, apoyando su legitimidad en el grupo sobre el cual ejerce su autoridad y que contribuye a producir como tal, ofreciéndole una expresión unitaria de sus experiencias. La eficacia del discurso herético reside, no en la magia de una fuerza inmanente al lenguaje, tal como la *fuerza ilocucionaria* de Austin, o la *persona* de su autor, tal como el carisma de Weber – dos conceptos pantalla que impiden interrogarse sobre las razones de los efectos que no hacen sino designar -, sino en la dialéctica entre el lenguaje autorizante y autorizado y las disposiciones del grupo que lo autoriza y se autoriza. Este proceso dialéctico se realiza, en cada uno de los agentes a los que concierne y, al primer jefe, en el productor del discurso herético, en y por el *trabajo de enunciación*, que es necesario para exteriorizar la interioridad, para nombrar lo innombrado, para dar a disposiciones pre-verbales y pre-reflexivas y a experiencias inefables e inobservables, un comienzo de objetivación en palabras que, por naturaleza, las hacen a la vez comunes y comunicables, por tanto sentidas y socialmente sancionadas. Puede así cumplirse en el trabajo de dramatización, particularmente visible en la profecía ejemplar, que es sólo capaz de

desacreditar las evidencias de la doxa, y en la transgresión que es indispensable para *nombrar lo innombrable*, para forzar las censuras, institucionalizadas o interiorizadas, que prohíben el retorno del rechazo, y en primer lugar al heresiarca mismo.

Pero es en la constitución de los grupos donde se ve mejor la eficacia de las representaciones, y en particular de las palabras, de las palabras de orden, teorías que contribuyen a hacer el orden social imponiendo los principios de di-visión y, más ampliamente, el poder simbólico de todo el teatro político que realiza y oficializa las visiones del mundo y las divisiones políticas. El trabajo político de representación (en palabras o teorías pero también en manifestaciones, ceremonias o toda otra forma de simbolización de las divisiones o de las oposiciones) da a la objetividad de un discurso público o de una práctica ejemplar, una manera de ver y de vivir el mundo social hasta entonces relegada al estado de disposición práctica o de experiencia tácita y frecuentemente confusa (malestar, revuelta, etc.); permite así a los agentes descubrirse propiedades comunes más allá de la diversidad de situaciones particulares que aíslan, dividen, desmovilizan, y construir su identidad social sobre la base de tratos o experiencias que parecen incomparables tan largo tiempo que hacía falta el principio de pertinencia propio para constituirlos en indicios de la pertenencia a una misma clase.

El paso del estado de grupo práctico al estado de grupo instituido (clase, nación, etc.) supone la construcción del principio de clasificación capaz de producir el conjunto de propiedades distintivas que son características del conjunto de los miembros de ese grupo y de anular al mismo tiempo el conjunto de propiedades no pertinentes que una parte o la totalidad de sus miembros poseen por otros títulos (por ejemplo propiedades de nacionalidad, de edad o de sexo) y que pudieran servir de base a otras construcciones. La lucha se encuentra pues al principio mismo de la construcción de la clase (social, étnica, sexual, etc.): no hay grupo que no sea el lugar de una lucha por la imposición del principio legítimo de construcción de los grupos y no hay distribución de propiedades, se trate del sexo o de la edad, de la instrucción o de la riqueza, que no pueda servir de base a divisiones y a luchas propiamente políticas. La construcción de grupos dominados sobre la base de tal o cual diferencia específica es inseparable de la deconstrucción de grupos establecidos sobre la base de propiedades o de cualidades genéricas (los hombres, los viejos, los franceses, los parisinos, los ciudadanos, los patriotas, etc.) que, en otro estado de relaciones de fuerza simbólica, definirían la identidad social, a veces incluso la identidad legal, de los agentes comprometidos. Toda tentativa para instituir una nueva división debe, en efecto, contar con la resistencia de aquellos que, ocupando la posición dominante en el espacio así dividido, tienen interés en la perpetuación de una relación dóxica al mundo social que lleva a aceptar como naturales divisiones establecidas o a negarlas simbólicamente por la afirmación de una unidad (nacional, familiar, etc.) más alta.¹ Dicho de otra manera, los dominantes forman partido ligados con el consenso, acuerdo fundamental sobre el sentido del mundo social (así convertido en mundo natural, dóxico) que encuentra su fundamento en el acuerdo sobre los principios de di-visión.

¹ Así se explican todas las condenas de la "política", identificada a las luchas de partidos y de facciones, que los conservadores no han cesado de profesar, a lo largo de la historia, de Napoleón III a Pétain (cf. M. Marcel, *Inventaire des apolitismes en France*, en : Association française de science politique, *La dépolitisation, mythe ou réalité?*, Paris, Armand Colin, 1962, pp. 49-51).

Al trabajo motor de la crítica herética responde el trabajo resistente de la ortodoxia. Los dominados forman partido ligados con el discurso y la conciencia, hasta a la ciencia, puesto que no pueden constituirse en grupo separado, movilizarse y movilizar la fuerza que detentan en el estado potencial sino a condición de poner en cuestión las categorías de percepción del orden social que, siendo el producto de este orden, les imponen la sumisión.² Al contrario, los dominantes, a falta de poder restaurar el *silencio de la doxa*, se esfuerzan en producir por un discurso puramente reaccional el sustituto de todo lo que amenaza la existencia misma del discurso herético. No encontrando nada para decir del mundo social tal como es, se esfuerzan en imponer universalmente, por un discurso totalmente impregnado de la simplicidad y de la transparencia del buen sentido, el sentimiento de evidencia y de necesidad que este mundo les impone; teniendo interés en el *laissez-faire*, trabajan en anular la política en un discurso político despolitizado, producto de un trabajo de neutralización o, mejor, de negación que enfocado a restaurar el estado de inocencia originaria de la doxa y que, estando orientado hacia la naturalización del orden social, toma prestado siempre el lenguaje de la naturaleza.³ Esta nostalgia de la protodoxa se expresa con toda ingenuidad en el culto de todos los conservadurismos por el “buen pueblo” (más frecuentemente encarnado por el campesino) del que los eufemismos del discurso ortodoxo (“las gentes simples”, las “clases modestas”, etc.) designan bien la propiedad esencial, la sumisión al orden establecido.⁴

La lucha cuyo conocimiento del mundo social es la apuesta, no tendría objeto si cada agente encontrara en sí mismo el principio de un conocimiento infalible de la verdad de su condición y de su posición en el espacio social y si los mismos agentes no pudieran reconocerse en discursos y clasificaciones diferentes (según la clase, la etnia, la religión, el sexo, etc.), o en evaluaciones opuestas de productos de los mismos principios de clasificación; pero los efectos de esta lucha serían totalmente imprevisibles si no hubiera ningún límite a la alodoxia, al error de percepción y sobre todo, de expresión, y si la

² Los dominados son tanto menos aptos para operar la revolución simbólica que es la condición de la reapropiación de la identidad social de la que los desposeen, incluso subjetivamente, la aceptación de las taxonomías dominantes cuanto que son más reducidas la fuerza de subversión y la competencia crítica que han acumulado en el curso de luchas anteriores y más débiles, por consecuencia, la conciencia de las propiedades positivas o, más probablemente negativas que los definen: desposeídos de condiciones económicas y culturales de la toma de conciencia de su desposesión y encerrados en los límites del conocimiento que autorizan sus instrumentos de conocimiento, los subproletarios y los campesinos proletarizados comprometen frecuentemente en los discursos y las acciones destinados a subvertir el orden del que ellos son víctimas los principios de división lógica que están al principio de este orden (cf. Las guerras de religión).

³ Este lenguaje político no marcado políticamente se caracteriza por una retórica de la imparcialidad, marcada por los efectos de simetría, de equilibrio, de justo medio, y sostenido por un ethos de la conveniencia y de la decencia, atestiguado por evitar las formas más violentas de la polémica, por la discreción, el respeto al adversario, en una palabra, todo lo que manifiesta la negación de la lucha política en tanto que lucha. Esta estrategia de la neutralidad (ética) encuentra su cumplimiento natural en la retórica de la científicidad.

⁴ En efecto, la lucha entre la ortodoxia y la heterodoxia cuyo campo político es el lugar disimula la oposición entre el conjunto de tesis políticas (ortodoxas o heterodoxas), es decir el universo de lo que puede enunciarse políticamente en el campo político, y todo lo que queda fuera de discusión (en el campo), es decir fuera de los ataques del discurso y que, relegado al estado de doxa, se encuentra admitido sin discusión ni examen por aquellos mismos que se enfrentan al nivel de las elecciones políticas declaradas.

propensión a reconocerse en los diferentes discursos y las diferentes clasificaciones propuestas fuera igualmente probable para todos los agentes, cualquiera que sea su posición en el espacio social (por tanto sus disposiciones) y cualquiera que sea la estructura de este espacio, la forma de las distribuciones y la naturaleza de las divisiones según las cuales se organiza realmente.

El efecto de pre-visión o de teoría (entendido como efecto de imposición de principios de di-visión que realiza toda explicitación) juega en el margen de incertidumbre que resulta de la discontinuidad entre las evidencias silenciosas del ethos y las manifestaciones públicas del logos: en favor de la alodoxia que hace posible la distancia entre el orden de la práctica y el orden del discurso, las mismas disposiciones pueden reconocerse en tomas de posición muy diferentes, a veces opuestas. Es decir, que la ciencia está llamada a ejercer un efecto de teoría, pero de una forma especialmente particular: manifestando en un discurso coherente y empíricamente validado, eso que era hasta entonces ignorado, es decir, según el caso, implícito o rechazado, ella transforma la representación del mundo social y, al mismo tiempo, el mundo social, al menos en la medida en que ella hace posibles prácticas conformes a esta representación transformada. Así, si bien es verdad que se puede remontar casi tan lejos como se quiera en la historia, las primeras manifestaciones de la lucha de clases e incluso las primeras expresiones más o menos elaboradas de una "teoría" de la lucha de clases (en la lógica de los "precursores"), queda decir que es solamente después de Marx e, incluso después de la constitución de partidos capaces de imponer (a gran escala) una visión del mundo social organizado según la teoría de la lucha de clases, que se puede con todo rigor hablar de clases y de lucha de clases. Si bien aquellos que, en nombre del marxismo, buscan las clases y la lucha de clases en sociedades precapitalistas, y premarxistas, cometen un error teórico verdadera-mente típico de la combinación de realismo cientista y de economismo que inclina siempre a la tradición marxista a buscar las clases en la realidad misma del mundo social, frecuentemente reducida a su dimensión económica⁵: paradójicamente, la teoría marxista, que ha ejercido un efecto de teoría sin equivalente en la historia, no acuerda ningún lugar al efecto de teoría en su teoría de la historia, y de la clase. Realidad y voluntad, la clase (o la lucha de clases) es realidad en la medida en que ella es voluntad y es voluntad en la medida en que ella es realidad: las prácticas y las representaciones políticas (y en particular las representaciones de la división en clases) tales como se pueden observarlas y medirlas en un momento dado de los tiempos en una sociedad que ha sido durablemente expuesta a la teoría de la lucha de clases son, por una parte, el producto del efecto de teoría; siendo entendido que este efecto ha debido una parte de su eficacia simbólica al hecho que la teoría de la lucha de clases estaba fundada objetivamente, en propiedades objetivas e incorporadas, y encontraba en este hecho, la complicidad de disposiciones del sentido político. Las categorías según las cuales un grupo se piensa y según las cuales se representa su propia realidad, contribuyen a la realidad de ese grupo. Eso significa que toda la historia del movimiento obrero y las teorías a través de las cuales ha construido la realidad social, está presente en la realidad de ese movimiento considerado en un momento dado del tiempo. Es en las luchas que

⁵ La tensión siempre presente en los escritos de los teóricos marxistas entre el científicismo sociologista y el voluntarismo espontaneísta tiende sin duda al hecho que, según su posición en la división del trabajo cultural, según también el estado en el cual se presentan las clases sociales, los teóricos ponen siempre el acento sobre la clase como condición o sobre la clase como voluntad.

hacen la historia del mundo social donde se construyen las categorías de percepción del mundo social y al mismo tiempo, los grupos contruidos según esas categorías.⁶

La descripción científica más estrictamente comprobada está siempre expuesta a funcionar como prescripción capaz de contribuir a su propia verificación ejerciendo un efecto de teoría propio a favorecer el advenimiento de eso que anuncia. Es eso lo que hace intrínsecamente indecibles todas las tesis políticas que, como la afirmación o la negación de la existencia de las clases, de las regiones o de las naciones, toman posición sobre la realidad de diferentes representaciones de la realidad, o sobre su poder de hacer la realidad. La ciencia que puede estar tentada a cortar estos debates dando una medida objetiva del grado de realismo de las posiciones en presencia, no puede, en buena lógica, sino describir el espacio de las luchas que tienen por apuesta, entre otras cosas, la representación de fuerzas comprometidas en la lucha y de sus oportunidades de éxito; ello sin ignorar que toda evaluación "objetiva" de estos aspectos de la realidad que están en juego en la realidad, es propia para ejercer efectos verdaderamente reales. ¿Cómo no ver que la previsión puede funcionar no solamente en la intención de su autor, sino también en la realidad de su devenir social, sea como *profecía autocumplida*, representación performativa, capaz de ejercer un efecto propiamente político de consagración del orden establecido (y tanto más poderosa cuanto es más reconocida), sea como *exorcismo*, capaz de suscitar las acciones propias para desmentirla⁷? La ciencia más neutra ejerce efectos que no lo son de ningún modo: así, por el sólo hecho de establecer y de publicar el valor tomado por la función de probabilidad de un acontecimiento, es decir, la fuerza de la *propensión* que este acontecimiento tiene de producirse, propiedad objetiva inherente a la naturaleza de las cosas, se puede contribuir a reforzar la "pretensión de existir", como decía Leibniz, de este acontecimiento, determinando los agentes a prepararlo y a someterse a él, o, al contrario, incitándolos a movilizarse para contrarrestarlo sirviéndose del conocimiento de lo probable para hacer más difícil, si no imposible, su aparición. Incluso no es suficiente substituir la oposición escolar entre dos maneras de concebir la diferenciación social, como conjunto de estratos jerarquizados o como conjunto de clases antagonistas, la cuestión, capital para toda estrategia revolucionaria, de saber si, en el momento considerado, las clases dominadas constituyen un poder antagonista, capaz de definir sus propios objetivos, en una palabra, una clase movilizada, o, por el contrario, un estrato situado en el punto más bajo de un espacio jerarquizado, y definido por su distancia a los valores dominantes, o, en otros términos, si la lucha entre las clases es una lucha revolucionaria, orientada a transformar el orden establecido, o una lucha de competencia, suerte de curso perseguido en el cual los dominados se esfuerzan por apropiarse las propiedades de los dominantes. Nada estaría más expuesto al desmentido de lo real, por tanto menos científico, que una respuesta a esta cuestión que, fundada exclusivamente sobre las prácticas y las disposiciones de los agentes en el momento considerado, omitiría tomar en cuenta la

⁶ Eso que hace que la historia (y en particular la historia de las categorías de pensamiento) constituye una de las condiciones de la toma de posesión del pensamiento político por ella misma.

⁷ Como lo ha mostrado bien Gunnar Myrdal, las palabras clave del léxico de la economía, no solamente términos como "principio", "equilibrio", "productividad", "ajuste", "función", etc., sino también los conceptos más centrales, más inevitables, como "utilidad", "valor" "costos reales" o "subjetivos", etc., sin hablar de nociones tales como "económico", "natural", "equidad", (a quien faltaría agregar "racional") son siempre a la vez descriptivos y prescriptivos (G. Myrdal, *The Political Element in the Development of Economic Theory*, New York, Simon and Schuster, 1964, spect., pp. 10-21).

existencia o la no existencia de agentes o de organizaciones capaces de trabajar en confirmar o en invalidar, la una o la otra visión, sobre la base de pre- visiones más o menos realistas de las oportunidades objetivas de la una o de la otra posibilidad, previsiones y oportunidades ellas mismas susceptibles de ser afectadas por el conocimiento científico de la realidad.⁸ La ciencia de los mecanismos sociales que, como los mecanismos de la herencia cultural ligados al funcionamiento del sistema escolar o los mecanismos de dominación simbólica correlativos a la unificación del mercado de los bienes económicos y culturales, tienden a asegurar la reproducción del orden establecido, puede ser puesto al servicio de un *laisser-faire* oportunista, interesado en *racionalizar* (en el doble sentido) el funcionamiento de estos mecanismos. Pero ella puede verdaderamente servir de fundamento a una política orientada hacia fines totalmente opuestos que, rompiendo tanto con el voluntarismo de la ignorancia o de la desesperanza que con el *laisser-faire*, se armaría del conocimiento de los mecanismos para intentar neutralizarlos; y que encontraría en el conocimiento de lo probable no una incitación a la renuncia fatalista o al utopismo irresponsable, sino al fundamento de una negativa de lo probable fundado sobre el dominio científico de las leyes de producción de la eventualidad negada.

⁸ Todo permite suponer que el *efecto de teoría*, que puede ser ejercido, en la realidad misma, por agentes y organizaciones capaces de imponer un principio de di-visión o, si se quiere, de producir o reforzar simbólicamente la propensión sistemática a privilegiar ciertos aspectos de lo real y a ignorar otros, es tanto más poderoso y sobre todo más durable cuanto más fundadas estén en la realidad la explicitación y la objetivación y cuanto más exactamente correspondan las divisiones pensadas a divisiones reales. En otros términos, la fuerza potencial que se encuentra movilizada por la constitución simbólica es tanto más importante cuanto las *propiedades clasificatorias* por las cuales un grupo se caracteriza explícitamente y en las cuales se *reconoce* recubran más completamente las propiedades de las que los agentes constitutivos del grupo están objetivamente dotados (y que definen su posición en la distribución de los instrumentos de apropiación del producto social acumulado).